

LA SESIÓN QUE PROVOCÓ LA CAIDA DE LA REPÚBLICA EN 1906

macho 7/6/50

por CARLOS MARQUEZ STERLING

Taft y los liberales. Actividades de Alfredo Zayas. Una carta de Méndez Capote. Las preocupaciones de Taft. La historia y la política. Los temores de una República intervenida. La Enmienda Platt falsea los hechos y crea personajes. Una entrevista dramática entre Estrada Palma y William H. Taft. Los candidatos de transacción a la presidencia de la República. La suerte de la República se discute en el Palacio de los Condes de Lombillo. Menocal quiere pegarle a Ricardo Dolz. La Intervención es un estado de derecho. Manuel Sanguily salva el decoro de los liberales. La sesión del Congreso del 23 de septiembre de 1906. Estrada Palma se niega a retirar su renuncia. La sesión del Partido Moderado en la que se decide la suerte de Cuba. Estrada Palma abandona el Palacio.

20 13

Las complacencias de Taft con los liberales derramaron sobre toda Cuba el rumor y el comentario envenenado, enrareciendo el ambiente de graves especulaciones. Mientras unos aseguraban que Estrada Palma había renunciado, otros juraban que las fuerzas del gobierno, caerían repentinamente sobre los rebeldes violando el compromiso adquirido. Tanto Estrada Palma como Zayas, se alarmaban de aquel laborantismo tan perjudicial. Fué necesario que Taft, aún contra su voluntad, actuara directamente, exigiendo al secretario de Gobernación y a los generales Pino Guerra y Loynaz, que no realizaran movimientos de tropas, sin previa notificación a cada una de las partes.

El 24 de septiembre de 1906, Zayas, de la ceca a la meca (Legación americana, veteranos, cárcel; cárcel, veteranos, Legación Americana) fué notificado de la primera enmienda que habían experimentado las bases de un posible acuerdo. Taft se lo dijo personalmente. Era imposible anular las elecciones. La nulidad sería sustituida por la renuncia de los electos. Los jefes rebeldes aceptaron una vez más.

Cuando Zayas, en compañía de Sarrain y de Nodarse, se encuentra reunido con Taft, uno de los ayudantes de éste le entrega un sobre conteniendo una carta del doctor Méndez Capote. Y Zayas y sus acompañantes, se dan cuenta, de que su lectura ha puesto de mal humor al enviado personal de Roosevelt. Había comenzado la verdadera batalla entre el gobierno y los rebeldes, a través del puente insalvable de la Enmienda Platt.

“Como usted verá— argumentaba Méndez Capote a Taft— la condición previa que se establece en el acuerdo adjunto es la de que los insurrectos (ya no los llamaba sino como en los tiempos de España) depongan las armas, porque nuestro partido, no considera que sean iguales las condiciones para el arbitraje cuando uno de los partidos que ha de ser objeto del mismo está levantado en armas. Cuando se haya cumplido con esta condición el partido Moderado redactará sus resguardos de arbitraje”.

Estas simples palabras, tan cortas como significativas, se le anto-

jaron a Taft, dadas las circunstancias, “una verdad sencillamente teórica”, en la que no era noble “encastillarse”. Y le llenaron el espíritu de sombras. Si la carta resultaba desagradable, la entrevista que más tarde celebró con Méndez Capote fué en extremo enojosa. El Vicepresidente perdió los estri-

bos, gesticuló con los brazos en aspa y los ojillos en chispa, y declaró sin ambages que el “plan Taft” era un paliativo, y que él, Méndez Capote, recomendaría que se rechazaran todas y cada una de las bases. Taft, profundamente contrariado expresó su deseo de ver aquella misma noche al presidente. Y Méndez Capote, arrogante, replicó airado: El presidente opina lo mismo que yo”.

2

La historia, a veces, no tiene nada que ver con la política. En la distancia, si no fuera porque los Moderados defendían una causa averiada esta entrevista le haría gran favor a don Domingo. La posición de don Tomás, que es necesario juzgar, no era diferente a la del Vice. En Estrada Palma palpitaba una filosofía moral. En Méndez Capote una evidente doctrina política. El arreglo era un disparate. Un engendro de la Enmienda Platt. ¿Con que autoridad gobernarían luego los cubanos? ¿En que ley se amparaban? ¿En que partidos se respaldaban? Este problema era realmente insoluble. Y Méndez Capote lo conjugaba en sus escritos y en sus cartas. Alguna vez le dijo a Taft: "Eso que usted propone apenas si nos daría un par de meses de paz y de sosiego; sosiego muy precario, muy incierto y nada tranquilizador. Viviríamos en un estado tal de inconsistencia de ánimo y de inestabilidad, que la menor chispa haría brotar de nuevo y con más pujanza, el incendio que hoy apenas quedaría aparentemente extinguido".

En verdad lo que sucedía era que todos los cubanos estaban sujetos a un proceso completamente distinto del que debió desarrollarse. Don Tomás y Méndez Capote hubieran sido actores de todos modos. Pero Taft y Zayas fueron incorporados a la escena en virtud de la mórbida influencia de la Enmienda Platt. Era la Enmienda Platt la que falseaba los hechos. Era la Enmienda Platt, directa o indirectamente, la que creaba y construía personajes. Era la Enmienda Platt la que impedía que el drama se hubiera desenvuelto con la derrota o la victoria de la revolución. En un caso o en otro, tanto el presidente como los rebeldes no se habrían visto obligados a obedecer. La revolución naufragaba sin gloria, y el gobierno se derrumbaba sin sanción. Consecuencias terribles que comprendía a perfección Méndez Capote, al no querer exponerse a estar llamando constantemente a los americanos.

Las versiones de la histórica entrevista entre Taft y Estrada Palma han sido muchas, y aún cuando casi todas concuerdan en lo fundamental, la mayor parte de ellas difieren en los detalles. Alguna vez se ha descrito a Taft golpeando a puñetazos ante la mesa que tiene delante, y replicando a gritos: "señor presidente, usted no puede ignorar que las elecciones fueron fraudulentas". Lo más seguro es lo que Taft refirió a Zayas: a raíz de aquellos sucesos, que ahora confirma Duffy en su libro ya citado. Que al negarse Estrada Palma a aceptar las bases "mixtas" "porque su patriotismo se lo impedía", Taft, interrumpiéndolo, le argumentó: "Pero señor Presidente hay instantes en

que el mismo patriotismo demanda un sacrificio". Palabras que perturbaron a Estrada Palma, replicando: "Señor secretario", no tolero que usted venga a darme lecciones de patriotismo". Y ya ambos de pie y nerviosos escucharan a Juan Manuel O'Farrill gritando: "¡Y es para esto que han venido a Cuba los americanos! ¡Para ponerse a negociar con los rebeldes!"

Después de esta enojosa conversación Taft no parecía tan dueño de su persona como al principio de su gestión en Cuba. Le aseguró a Zayas que la República se balanceaba en el aire; "y que estaba viendo las cosas tan feas que había dado las órdenes oportunas para que la escuadra estuviera lista al primer aviso". Estas explosiones las asimilaba Zayas calmadamente. Se le ocurrió entonces que si Estrada Palma renunciaba podría encontrarse un sustituto, ya que Méndez Capote le acompañaría en la dimisión.

La proximidad de la catástrofe, dice un historiador de la época, hizo que algunos moderados pusieran mano sobre los frenos de aquella

locomotora que ya corría impulsada a todo vapor; y ante la evidencia de que Don Tomás se iba, empezaron a hablar de candidatos de transacción, plato sin condimento político que jamás se ha servido en Cuba, rechazado en los grandes banquetes, en los que la gula y el regodeo de los que han pagado cubierto se prometen la gastronomía de Heliogabalo. En la propia Quinta Hidalgo se mencionaron nombres: Manuel Sanguily, Mario G. Menocal, Rafael Fernández de Castro, Leopoldo Sola, Alfredo Zayas...

A este último, no obstante lo absurdo de su pretensión, en aquellos días, se le ocurría pensar que podía ser él. Y lo propuso a Taft. El comisionado funcionó el ceño. "Doctor —le dijo— eso no sería una solución; un gobierno elegido de esa manera abriría las puertas a la posibilidad de una nueva rebelión,

promovida por otro género de inconformidades". Es así que, parodiando el "Coloquio de los Centauros", podría decirse de la prescindibilidad de Zayas: "este enigma fatal tiene el rostro del futuro".

En aquellos momentos, aún el ánimo de Taft no estaba ganado para la Intervención. Le propuso a Zayas sustituir a Don Tomás con un presidente Moderado o neutral. Como el "comisionado" ya estaba resentido con Méndez Capote entró en escena uno de nuestros más interesantes, políticos; un joven talentoso que acababa de estrenarse como presidente del Senado: Ricardo Dolz y Arango. Al principio, Dolz, reservado y receloso, escuchaba un poco hosco al gigantesco Taft. Después de oírlo le prometió reconsiderar el proceso, aunque insistía que era preciso que los re-



3

beldes depusieran las armas. Al retirarse, el Jefe del Poder Legislativo, hizo para la Prensa declaraciones llenas de sensatez. La gramática parda de Don Ricardo, maestro en el sofisma, había redactado unas bases ambiguas, plenas de picardía. La solución consistía en

comprometerse en la apariencia pero jamás en la realidad. Su propuesta, digna de pasar a la historia como el documento más habilidoso decía lo siguiente: "Cada partido nombrará una comisión que estudiará la situación. Si acaso surgen puntos irresolubles entre dichas comisiones que no deseen someterse al arbitraje se terminará la conferencia".

Al Alfredo Zayas le pareció el documento inaceptable, pero no se negó a concurrir a una entrevista, tal vez la más famosa de aquella época. Se hizo acompañar de Manuel Sanguily y del General Menocal. Llegaron al Palacio de los Condes de Lombillo, residencia del doctor Dolz, en instantes en que los moderados efectuaban una agitada y trascendental reunión.

Desde los primeros momentos Zayas, Menocal y Sanguily de una parte, y Méndez Capote y Dolz de la otra fueron al grano. Los Lugartenientes de Estrada Palma estaban intransitables. Sanguily, palabra siempre patricia, en llamara-das, expuso la gravedad del momento:

—O nos arreglamos entre nosotros o el americano nos interviene.

A juzgar por los documentos vivos, a Méndez Capote pareció no afectarle mucho, y a Dolz le tenía sin cuidado. Se enfrascó en deslindar las grandes diferencias existentes entre lo que es una revolución y lo que significa la legalidad. Como era un polemista formidable, habituado al manejo de códigos y leyes, profesor de procedimientos, con un libro escrito, texto en la Universidad de Madrid, Zayas lo atajó, desviándolo de aquella conferencia que llevaba camino de atacar la revolución libertadora, y le dijo:

—Pues ustedes les deben los cargos que ocupan a una revolución, y están apoyados en ella, y a ella les son responsables de todo lo que aquí puede suceder.

Dolz palideció* como todo hábil luchador que recibe un golpe maestro. Se enderezó en la silla, y dijo desafortunadamente: "A la postre todos seremos responsables; además, si esa es la alternativa, prefiero de todas maneras la Intervención, que es un estado de derecho".

El silencio invadió el despacho. Zayas confesó, después, que Taft acababa de asegurarle que si los cubanos no encontraban una fórmula de arreglo se vería obligado a intervenir. Méndez Capote, con sorpresa de los reunidos, se levantó súbitamente y abandonó la habitación. Regresó casi enseguida. El debate se agriaba. A unas palabras de Menocal, que era parco en ellas, Dolz, velandó en las frases la intención burlona, se refirió a las posibilidades presidenciales del Héroe de las Tunas. Y el máximo ayudante de Calixto García, puesto de pie quiso agredir al abogado. "Eso es un atrevimiento— dijo— ustedes no se dan cuenta de que estamos en su casa. Sanguily, que se salía por el bigote, se vió precisado a intervenir para apaciguar los ánimos, ya dispuestos a la pelea personal.

Cuando Zayas, en palabras confusas, esbozó la posibilidad de que acaso el "príncipe de la tribuna cubana" (Manuel Sanguily) podía ser la solución, Méndez Capote y Dolz, como movidos por un resorte, exclamaron sin dejarlo terminar: "¡No hombre, ni Menocal ni Sanguily; si son tan liberales como usted."

Aquello fué un desastre. La reunión se disolvió sin acuerdos. El reloj donde marcaba su sombra aquel paradójico Sol de nieblas de nuestra soberanía se acercaba fatalmente al término de su más completa oscuridad.

El 28 de septiembre de 1906, señaló uno de los días de mayor ceguera en los capítulos de la revolución de 1906. Por la mañana se verificó una reunión de congresistas liberales e independientes en la residencia de Alfredo Zayas. Se discutía si debía concurrirse o no a la sesión del Congreso en la que debían aceptarse las renunciaciones de Estrada Palma y Méndez Capote que previamente habían aceptado las



del gabinete en pleno dejando a la República en estado de acefalia.

Sorpresivamente, Zayas era partidario de la no asistencia. La asamblea parecía ganada por Don Alfredo, cuando se levantó a usar de la palabra Manuel Sanguily. Un testigo presencial, representante entonces, e historiador después, describe a Sanguily admirablemente. "Agotó el vocabulario de frases altas —dice;— echó mano de todos los resortes de su elocuencia. Los liberales —aducía Sanguily— no pueden dar semejante nota, sin caer en el mayor descrédito ante el país y ante la historia. Era preciso luchar hasta el momento postrero; era imposible hacer dejación de un deber tan sagrado en instantes de tamaño apremio". Un hombre bien intencionado, sin egoísmos personales, sin intereses políticos, sin aspiraciones encubiertas, es, en estos instantes, en instantes tan graves, el de más pura y nítida orientación. Y Sanguily triunfó. Los reunidos lo apoyaron con sus votos, y hasta Zayas se comprometió a estar presente en la sesión.

Ai darse cuenta en el Congreso de la renuncia del presidente y del Vice, el doctor Zayas, desde su escaño, frente a frente al de Freyre, objetó que el presidente no comunicaba, como lo disponía la Constitución, el nombramiento de los nuevos secretarios, seguramente con el propósito de burlar la ley de sustitución presidencial de junio de 1903.

La sesión que se estaba celebrando, como todas las del Congreso, en las que se ventilaron grandes pasiones políticas, carecía de eficacia para la argumentación legal. En estos casos se habla más bien para el futuro. Se sabe de antemano que no ha de convencerse a nadie. El ambiente era frío, helado, denso. En contradicción los presentes se sentían nerviosos, afiebrados, inquietos. La mayoría parlamentaria, que no suele ser la mayoría popular, razonaba con profundo convencimiento, que es la peor de las situaciones congresionales. La palabra había perdido sus razones. Unas voces aisladas argumentaban en favor de la Nación. Reshalaban se perdían, se disolvían. Betancourt Manduley se opuso a la aceptación de las renuncias. Lanzó la idea de que fueran todos a Palacio a rogarle a Estrada Palma que retirara su renuncia. Zayas, que había cambiado de idea, combatió la proposición por "amor y respeto a lo legal"; el Congreso oficialmente no podía hacer semejante solicitud. Tanto insistió que el asunto fué puesto a votación. La tesis de Betancourt Manduley fué sancionada por 47 votos contra 13. Y acordado un receso los congresistas atropelladamente salieron hacia Palacio.

Fuó imposible convencer a Estrada Palma. No lo habían podido reducir antes los ruegos de Taft y de Roosevelt. Después de un dramático acto en Palacio, en que el actor principal fué el doctor Dolz, los

moderados resolvieron reunirse privadamente a fin de reanudar o no la sesión congresional. Tres horas largas y angustiosas duró la polémica. Como sucede en estos casos, en que no es la reflexión sino la emoción del momento la que decide, los espíritus débiles se dejaron arrastrar por los enconos partidarios. Freyre que días antes había hablado de transigir regresó a su roca Tarpeya. Gutiérrez de Célis, que se mostraba propicio inclusive a renunciar su cargo se convirtió a la tesis del desastre. Carlos Fons Sterling que, con su hermano Os-

car, había comenzado a admitir la posibilidad de un arreglo, malograba su carrera política. A todos aquellos a quienes Dolz y Méndez Capote veían flaquear los llamaban traidores, desertores del decoro y de la dignidad. Y cuatro votos de mayoría resolvieron decapitar la República. He aquí la votación.

Que NO: Domingo Méndez Capote, Ricardo Dolz, Carlos Fons, Oscar Fons, Santiago Gutiérrez de Célis, José Rodríguez Acosta, Luis Fortún, R. Armas Nodal, Pedro Martínez Rojas, Francisco Duque de Estrada, Juto Carrillo, José Martínez Galiardo, César Cancio Madrugal, José Antonio Frias, José Antonio Blanco, Juan J. de la Maza y Artola, Fernando Freyre de Andrade, Carlos I. Párraga, Alberto Schwyer, y José Adán Galarreta.

Que SI: Antonio Bravo Correo, Manuel de Ajuria, Emilio Chibás, Manuel Rodríguez Fuentes, Mariano Corona, Yero Sagol, F. Maspons, Ramón Boza, A. Rivero Beltrán, Enrique Hortsman, Miguel Coyula, Mario García Kohly, Alfredo Betancourt Manduley, Lorenzo D. Beci y Teodoro Cardenal.

Prácticamente al resolver los moderados no asistir al Congreso, la República desaparecía. La sesión del Congreso se cayó por falta de quórum. Los liberales y los independientes reunidos en casa de Zayas aguardaban a que terminara el pase de lista. Al ser notificados del fracaso de la sesión, el presidente de los liberales fué a visitar a Taft. Era el instante de mayor opacidad en aquellas relaciones cordiales que habían llegado a ser afectuosas. Taft se mostraba desconsolado. Le consultó a Zayas si publicaba la proclama intervencionista aquella misma noche o la dejaba para el día siguiente. Zayas quedó mudo y ensimismado. Al fin contestó diciendo que no deseaba dar opinión sobre ese extremo tan doloroso para nuestra soberanía. Fué un instante embarazoso, desagradable, incalificable. El pueblo en la calle provocaba el desorden y la anarquía. Taft precipitó los acontecimientos; y la policía, respaldada por los marinos del Tío Sam, disolvía los grupos. Solamente nos quedaba la historia y el porvenir, que años más tarde, por imperio de la

5

justicia revolucionaria, esta vez más consciente de su papel, habría de evitarle a otro cubano un trance semejante, en que el Interventor le consultara el momento de tronchar las insignias ganadas a través del heroísmo y de la muerte. Al día siguiente, Estrada Palma, silenciosamente, olvidado, destruido, sin la apasionante agitación del pueblo, salía de Palacio rumbo a su finca. No fué la suya una caída estruendosa, como la de otros de nuestros presidentes. Pero fué, indudablemente, mucho más triste y dramática. Detrás de su persona y de su historia quedaba casi un siglo de ilusiones. Delante una negociación constante y reiterada a su acrisolada honradez aun en la espera vigilante de su reivindicación como gran administrador público.

(Marzo, 26/50
n.º 12



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA